
La situación actual de “emergencia educativa”. Una visión desde la experiencia de Benedicto XVI

por María GARCÍA AMILBURU

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Introducción

Cuando Joseph Ratzinger fue elegido para suceder al Papa Juan Pablo II, el 19 de abril de 2004, la opinión pública mundial se hizo eco del hecho de que se trataba de uno de los intelectuales más destacados de nuestro tiempo.

En efecto, el prestigio académico del cardenal Ratzinger no se limita al campo teológico dentro de la Iglesia Católica, sino que está considerado un académico insigne a nivel internacional, hecho avalado por sus numerosas publicaciones y las distinciones recibidas, entre las que se cuentan varios Doctorados *Honoris Causa* conferidos por algunas de las Universidades más prestigiosas. Concretamente, dentro del ámbito filosófico, muchos recordaron el diálogo memorable mantenido con el filósofo Jürgen Habermas el 19 de enero de 2004.

Vinculado al mundo universitario desde su juventud, la pasión por la enseñanza le ha acompañado a lo largo de toda su vida, a través de las diversas circunstancias, ocupaciones y responsabilidades que ha debido asumir al servicio de la Iglesia, como recientemente ha vuelto a poner de manifiesto: la enseñanza “fue mi ámbito de trabajo durante muchos años e, incluso después de no ejercerla, nunca dejé de seguirla y de sentirme espiritualmente vinculado a ella” [1].

Nos proponemos seguidamente analizar algunos de los rasgos del pensamiento de Benedicto XVI sobre la educación, tal como los ha expresado en las numerosas intervenciones públicas efectuadas a lo largo de los cuatro primeros años de su pontificado en las que ha tratado directamente de esta cuestión en sentido amplio [2].

Estudiaremos intervenciones de diverso género, —algunas son Cartas escritas por iniciativa del Pontífice o Discursos pronunciados en Audiencias concedidas a diferentes personas e Instituciones vinculadas al ámbito académico o educativo; en algún caso se trata de Lecciones Magistrales que Benedicto XVI ha sido invitado a pronunciar en distintas Universidades, etc.—. Consideraremos estas intervenciones desde la perspectiva de la Filosofía de la Educación, como aportaciones de quien —sin olvidar que es el Obispo de Roma— se trata de un intelectual de reconocido prestigio, que posee una dilatada experiencia en el terreno educativo, y es a la vez un experto conocedor del ambiente intelectual de nuestro tiempo.

Por lo tanto, no se pretende realizar una investigación teológica acerca de la postura oficial de la Iglesia Católica en relación con la educación, sino de considerar algunas intervenciones de Benedicto XVI en las que, en el ejercicio de su tarea de magisterio universal ordinario, presenta un análisis certero de la situación educativa en la actualidad y brinda a todo aquel que quiera escucharle, un conjunto de claves intelectuales de gran interés para comprender mejor nuestra época y, en concreto, las dificultades a las que debe hacer frente la tarea educativa en el mundo occidental.

Comenzaremos con la exposición de qué significa *educar* —su fin propio y los ámbitos que debe abarcar— según la descripción que presenta Benedicto XVI en

las intervenciones analizadas. A continuación se considerará la conciencia de “fracaso” educativo que se experimenta en amplios sectores de la sociedad actual, para centrarnos posteriormente en el análisis de las causas personales y culturales que han provocado esta situación de “emergencia educativa”, como la llama Benedicto XVI. Seguidamente, mencionaremos algunas medidas prácticas que sugiere para mejorar esta situación, para finalizar señalando los motivos de esperanza que el Papa desea recordar a todos los que, de un modo u otro, están empeñados en el buen desarrollo de esta importante tarea que es la educación.

Importancia y fin de la educación

No parece necesario insistir en la importancia de la educación para el desarrollo de la persona y el auténtico progreso de la sociedad. Hasta el punto de que, como señalaba cierto autor con un punto de ironía, cuando se trata de corregir desórdenes sociales, mejorar el comportamiento cívico en sus múltiples manifestaciones, promover los valores democráticos o asegurar la calidad del capital humano, se vuelve sistemáticamente la mirada hacia la educación en busca de un futuro mejor [3].

La Iglesia siempre ha tenido esta tarea entre una de sus prioridades, por muchos motivos; entre ellos, también porque “la Tradición ha visto en la enseñanza —y más generalmente en la educación— una manifestación concreta de la misericordia espiritual, que constituye una de las primeras obras de amor que la Iglesia tiene la misión de ofrecer a la

humanidad” [4]. En consecuencia, el interés y la preocupación de la Iglesia por la educación no se han limitado a bendecir e impulsar la iniciativa de algunas personas que dedican sus esfuerzos a esta tarea, sino que la ha asumido también como un encargo institucional, recibido de su Fundador.

¿Qué se espera de la educación cuando se la contempla desde esta perspectiva? ¿Cuál puede ser el fin genérico de esta labor sobre la que recaen tantas expectativas? En un discurso dirigido a la Asamblea Diocesana de Roma, el Papa lo presenta de una manera sencilla al afirmar que “la finalidad esencial de la educación (...) es la formación de la persona a fin de capacitarla para vivir con plenitud y aportar su contribución al bien de la comunidad” [5].

Como en toda formulación de carácter general, el contenido o significado concreto de la expresión “capacitar a la persona para vivir con plenitud y aportar al bien de los demás”, puede quedar algo difuminado permaneciendo, por lo tanto, abierto a múltiples interpretaciones, en ocasiones contrapuestas. Pero Benedicto XVI ofrece en otros lugares elementos de juicio suficientes para poder determinar con mayor precisión de qué manera entiende él este fin genérico de la educación. Así, por ejemplo, señala que quienes se dedican a esta tarea tienen el deber de preocuparse por la salud física y moral de las nuevas generaciones, de manera que lleguen a ser capaces de orientarse en la vida y de discernir el bien del mal [6]. Esta capacidad de dis-

cernimiento entre lo bueno y lo nocivo está estrechamente relacionada con la capacidad de conocer lo que es verdadero y distinguirlo de lo que no lo es. Ésta es —como veremos más adelante— una de las cuestiones que más preocupan y en las que más interés demuestra el Papa.

También puede considerarse otro modo de precisar más el sentido de la educación cuando Benedicto XVI añade que “no es suficiente una información técnica y científica para forjar hombres y mujeres responsables en su familia y a todos los niveles de la sociedad. Para lograr este objetivo, hay que privilegiar una educación en los valores humanos y morales” [7].

Así pues, se podría considerar que el fin general de la educación, tal como lo presenta el Papa en los documentos mencionados, consiste en proporcionar una formación que abarque todas las dimensiones de la persona: individual y social, intelectual, técnica, científica y moral. Se trata, en definitiva, de ayudar a las nuevas generaciones de tal manera que se “permita a cada joven tomar confianza en sí mismo, esperar en el futuro, preocuparse de sus hermanos y hermanas y asumir su papel en el crecimiento de la nación, con un sentimiento cada vez más agudo de preocupación por el prójimo” [8].

La percepción del fracaso educativo en la sociedad contemporánea

Aunque se tenga clara conciencia de su necesidad y relevancia, no es posible ignorar que la educación no constituye

una tarea fácil. La educación es un reto, un riesgo, una práctica insegura que no tiene garantizado el éxito de antemano, como si se tratara de una tarea mecánica.

Y aunque esta incertidumbre en relación con los resultados no constituya ninguna novedad, sí lo es el hecho de que cada vez se percibe con mayor evidencia que las dificultades para desarrollar con éxito la labor educativa aumentan en progresión geométrica. Y esto, a pesar de que en nuestra época disponemos de más medios que nunca —recursos materiales, avances en el conocimiento científico, metodológico, pedagógico, psicológico, disponibilidad y acceso a las nuevas tecnologías, etc.— para que, al menos teóricamente, se pudiera desarrollar esta tarea con mayor acierto. Así, se constata que se va difundiendo una mentalidad derrotista que afecta —de una u otra manera— a todos los agentes que configuran este ámbito: los padres, los profesores y los propios alumnos.

Benedicto XVI se enfrenta a esta “sensación de fracaso” que se percibe en el ambiente poniendo valientemente el dedo en la llaga. Se ha referido a ella en diversas ocasiones [9], pero es en la Carta dirigida a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, fechada el 21 de Enero de 2007 [10], donde ha afrontado esta cuestión de modo especialmente directo. Comienza así: “He querido dirigirme a vosotros con esta carta para hablaros de un problema que vosotros mismos experimentáis y en el que están comprometidos los diferentes componen-

tes de nuestra Iglesia: el *problema* de la educación” [11].

En esta Carta, que fue entregada oficialmente a la ciudad de Roma en una Audiencia celebrada el día 23 de febrero de 2008, el Papa reconoce que

“Educar nunca ha sido fácil, y hoy parece ser cada vez más difícil. Lo saben bien los padres de familia, los maestros, los sacerdotes y todos los que tienen responsabilidades educativas directas. Se habla, por este motivo, de una gran «emergencia educativa», confirmada por los *fracasos* que encuentran con demasiada frecuencia nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás, y de dar un sentido a la propia vida” [12].

El texto que acabamos de citar quizá podría inducir a pensar que el Papa alimenta una visión pesimista del momento actual; pero su Carta no transmite un mensaje negativo o derrotista, sino todo lo contrario: constituye una llamada de esperanza en medio de la presente situación de emergencia. Sin embargo, como la esperanza no se puede fundar sobre la ignorancia, el Papa describe de manera precisa y con gran realismo la situación tan poco favorable por la que atraviesa la educación en nuestros días.

Y una de las primeras cuestiones que acomete es la identificación de las causas de este fracaso. Porque cuando se desea salir de una situación desfavorable no

basta realizar un diagnóstico de la misma, por muy acertado que éste llegue a ser. Describir la situación constituye el primer paso, pero no es suficiente; porque además es imprescindible identificar las causas que han conducido hasta ese estado para poder aplicar los remedios oportunos.

¿Hacia dónde dirigir la mirada para encontrar las raíces de la presente situación? No es una labor sencilla, y tampoco pueden atribuirse todos los efectos diversos a un solo agente.

“En realidad, —afirma el Papa— no sólo están en causa las responsabilidades personales de los adultos y de los jóvenes, que ciertamente existen y no deben esconderse, sino también un ambiente difundido, una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien, en última instancia, de la bondad de la vida” [13].

Así pues, Benedicto XVI apunta hacia dos géneros diferentes de causas: unas de orden “personal” —porque algunos de los efectos negativos que se perciben dependen directamente de decisiones voluntarias de sujetos individuales, tanto jóvenes como adultos, a quienes corresponde la responsabilidad directa—; y otras causas son de tipo “ideológico”, “cultural” o “ambiental”, porque se trata de formas cristalizadas de pensamiento y modos de obrar que están arraigados en los ambientes culturales donde la educación

se lleva a cabo, y que dificultan el buen desarrollo de esta labor. Este segundo tipo de causas culturales, que tuvieron su origen en planteamientos intelectuales y decisiones concretas de personas singulares resultan, de algún modo, más difíciles de contrarrestar, porque

“La cultura posee una lógica inmanente y objetivada, en la cual las ideas y los sentimientos tienen una consistencia y un desarrollo en cierto modo autónomos. Es como si las ideas, cuando salen de la conciencia personal y pasan al plano de la comunicación, se separaran de las mentes singulares que las han producido y comenzaran a vivir una vida propia y a desarrollarse de un modo que depende sólo de sí mismas, de su consistencia objetiva y de su dinámica intrínseca” [14].

1. Causas personales

Veamos, en primer lugar, el tratamiento de la cuestión de las causas “personales” del ambiente generalizado de fracaso educativo que hace Benedicto XVI.

Como en cualquier relación humana, en la educación se establece siempre una tensión entre los dos polos que la constituyen: en este caso, los adultos y los jóvenes. Quienes experimentan de manera más intensa la preocupación por el fracaso educativo son los adultos —quizá precisamente porque, al serlo, tienen más desarrollado el sentido de la responsabilidad—. Pero cuando se buscan los “culpables” de esta situación de fracaso, tienden

a mirar hacia fuera y no dentro de sí mismos. “Entonces —afirma el Papa— se echa la culpa espontáneamente a las nuevas generaciones, como si los niños que hoy nacen fueran diferentes a los que nacían en el pasado” [15].

Esta observación, tan sencilla en apariencia, es de gran importancia porque, en efecto, la gente joven a la que hay que educar hoy no es muy diferente de la de otras épocas en lo que se refiere a las cuestiones esenciales que atañen a la naturaleza humana. Aún así, ¿quién no ha oído quejarse a algún padre o profesor —o a sí mismo, en el caso de que uno pertenezca a alguna de estas categorías— de que los jóvenes de ahora “son diferentes, y no como los de antes”, de que “cada vez saben menos” o “tienen menos respeto a los adultos”, etc.? Estas expresiones —sin dejar de ser verdaderas— funcionan a menudo como otros tantos disfraces con los que se trata de ocultar un fracaso personal; porque al situar las causas del “desastre” en el exterior, uno puede auto-eximirse de su parte de responsabilidad y de la obligación correlativa de poner algún remedio.

Por otro lado, el Papa llama la atención sobre un aspecto de la educación que debe tenerse siempre en cuenta. En concreto, subraya el hecho de que se trata de una tarea que sólo puede realizarse en libertad —de otra manera no sería educación, sino adiestramiento o manipulación—, por lo tanto hay que respetar su modo propio de ser, sin olvidar que

“A diferencia de lo que sucede en el campo técnico o económico, en donde los progresos de hoy pueden sumarse a los del pasado, en el ámbito de la formación y del crecimiento moral de las personas no se da una posibilidad semejante de acumulación, pues la libertad del hombre siempre es nueva y, por tanto, cada persona y cada generación tiene que tomar nueva y personalmente sus decisiones. Incluso los valores más grandes del pasado no pueden ser simplemente heredados, tienen que ser asumidos y renovados a través de una opción personal, que con frecuencia cuesta” [16].

Y es bueno alegrarse por ello, ya que la libertad es el don más excelso que Dios ha otorgado a nuestra condición en el plano natural. Esta prerrogativa constituye el fundamento de nuestra dignidad, porque nos asemeja al Creador de un modo que desconoce cualquier otra criatura material, aunque también entrañe posibilidades de perdición. Aún así, como recordaba Juan Pablo II, Dios consideró que “era más importante que en el mundo creado hubiera libertad, aun con el riesgo de su mal empleo, que privar de ella al mundo para excluir la posibilidad del pecado” [17].

Así las cosas, no parece lo más justo cargar la mano en la parte de culpa que corresponde a los alumnos —que, ciertamente tienen su responsabilidad—; como tampoco es lo mejor, en el caso de los profesores, emplear el tiempo de que se dispone para explicar una materia quejándo-

se de la poca base previa con que vienen los alumnos. ¿No sería más eficaz empeñar uno mismo a poner los medios para que adquieran esa base “que ya deberían haber adquirido”, sin pasarle “la patata caliente” al profesor que los recibirá en el nivel educativo inmediatamente superior?

Sin embargo, es cierto que los jóvenes se encuentran hoy con una dificultad adicional sobre la que Benedicto XVI llama la atención, que no existía ni podía preverse hace unas décadas: se trata de la influencia negativa que —aparte de otros muchos aspectos positivos— pueden ejercer las nuevas tecnologías de la comunicación, cuando se emplean de manera excesiva e indiscriminada. El Papa no se refiere principalmente a la influencia negativa que pueden ejercer en los jóvenes los contenidos inadecuados a los que están expuestos a través de estos canales, sino a algo más específico, porque según señala Benedicto XVI, las nuevas generaciones están a merced de un doble riesgo:

“Por una parte, el peligro de que se reduzca cada vez más la capacidad de concentración y de aplicación mental en el plano personal; y, por otra, el de aislarse individualmente en una realidad cada vez más virtual. Así, la dimensión social se dispersa en mil fragmentos, mientras que la dimensión personal se repliega sobre sí misma y tiende a cerrarse a las relaciones constructivas con los demás y con los que son diferentes” [18].

De esta manera se hace especialmente difícil alcanzar esa dimensión del fin de la educación que, como ya hemos señalado, se ordena a que cada joven crezca en confianza en sí mismo y preocupación por los demás, asumiendo a la vez su papel en el crecimiento de la sociedad [19].

2. Causas culturales e ideológicas

Además de las causas personales que propician la situación de fracaso educativo que padecemos, Benedicto XVI señala otra serie de factores culturales, ambientales o ideológicos que dificultan —y en ocasiones impiden— obtener los frutos deseados del esfuerzo por educar a las generaciones más jóvenes en muchas sociedades, principalmente, las pertenecientes a la “cultura occidental”.

La descripción de la situación cultural contemporánea que hace el Papa es, a mi juicio, una de las más certeras, claras y valientes que se han formulado recientemente [20]. Para centrarnos en el propósito que nos hemos fijado en este trabajo —señalar las principales causas de la situación actual de emergencia educativa—, nos limitaremos a señalar los aspectos negativos que apunta en su análisis; aunque Benedicto XVI es bien consciente —y así lo manifiesta en numerosas ocasiones— de la presencia de muchas señales positivas en la mentalidad contemporánea.

Las principales ideologías que constituyen serios obstáculos para el buen desarrollo de la educación podrían resumirse en una serie de “—ismos”, amplia-

mente difundidos y arraigados en la sociedad, que configuran tanto la opinión pública como el pensamiento habitual del “hombre de la calle” en occidente. Nos referimos en concreto al relativismo, agnosticismo, secularismo, individualismo, pesimismo y pragmatismo —mutuamente dependientes e interrelacionados— que impregnan nuestra cultura.

El retrato de la mentalidad dominante que realiza el Papa no es particularmente halagüeño; sin embargo, pensamos que es verdadero. Vamos a presentarlo a grandes trazos. Benedicto XVI sostiene que

“La cultura actual, profundamente marcada por un *subjetivismo* que desemboca muchas veces en el *individualismo* extremo o en el *relativismo*, impulsa a los hombres a convertirse en única medida de sí mismos, perdiendo de vista otros objetivos que no estén centrados en su propio yo, transformado en único criterio de valoración de la realidad y de sus propias opciones. De este modo, el hombre tiende a replegarse cada vez más en sí mismo, a encerrarse en un microcosmos existencial social” [21].

Por otra parte, “la mentalidad *hedonista* y *consumista* predominante favorece (...) una tendencia hacia la superficialidad y un egocentrismo” [22] que daña profundamente la vida social. A esto se une “la desconfianza asfixiante, en [la] que ya no tienen cabida los grandes ideales, abiertos a la trascendencia, a Dios”

[23] que acaba conduciendo, como consecuencia, “al extraño ‘odio de sí misma’ que parece haberse convertido en una característica de nuestra civilización” [24].

Seguidamente, vamos a detenernos a desarrollar brevemente los dos rasgos que se presentan como los obstáculos más graves para el buen desarrollo de la educación y la fuente de muchos otros: el relativismo y el secularismo propios de nuestro tiempo.

2.1. Relativismo

Por lo que respecta al relativismo, es bien conocido el interés suscitado por la descripción de la situación actual calificada por el entonces Cardenal Joseph Ratzinger como “dictadura del relativismo” en su homilía de la Misa celebrada antes del Cónclave de 2005 [25]. Esta mentalidad, ampliamente difundida, tiene unas consecuencias especialmente graves para el buen desarrollo de la educación que el Papa presenta de manera diáfana en el Discurso pronunciado ante a la Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana el 29 de mayo de 2008. Allí afirmaba que

“Cuando en una sociedad y en una cultura marcadas por un relativismo invasor y a menudo agresivo parecen faltar las certezas fundamentales, los valores y las esperanzas que dan sentido a la vida, se difunde fácilmente, tanto entre los padres como entre los maestros, *la tentación de renunciar a su tarea* y, antes incluso, *el riesgo de no comprender ya cuál es su papel y su misión*” [26].

Así, la mentalidad relativista bloquea, en su misma raíz, el ejercicio de la educación y supone en la práctica la renuncia a intervenir por parte de quienes tendrían el derecho y el deber de llevar a cabo esta tarea.

El relativismo puede considerarse por tanto uno de los principales obstáculos para la educación en la actualidad, pues fomenta además

“Una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien, en última instancia, de la bondad de la vida. Se hace difícil, entonces, transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles sobre los que se puede construir la propia vida” [27].

Así las cosas, no es de extrañar que nos encontremos ante una “emergencia educativa” de gran magnitud, que el Papa describe como

“La creciente dificultad que se encuentra para transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un correcto comportamiento, dificultad que existe tanto en la escuela como en la familia, y se puede decir que en todos los demás organismos que tienen finalidades educativas. Podemos añadir que se trata de una emergencia inevitable: en una sociedad y en una cultura que con demasiada frecuencia

tienen el relativismo como su propio credo —el relativismo se ha convertido en una especie de dogma—, falta la luz de la verdad, más aún, se considera peligroso hablar de verdad, se considera “autoritario”, y se acaba por dudar de la bondad de la vida —¿es un bien ser hombre?, ¿es un bien vivir?— y de la validez de las relaciones y de los compromisos que constituyen la vida. Entonces, ¿cómo proponer a los más jóvenes y transmitir de generación en generación algo válido y cierto, reglas de vida, un auténtico sentido y objetivos convincentes para la existencia humana, sea como personas sea como comunidades?” [28].

Pero el relativismo, sostiene Benedicto XVI, no hace justicia a la realidad. Y con firme convencimiento no se cansa de recordar: “¡El hombre es capaz de verdad! Lo es tanto sobre los grandes problemas del ser, como sobre los grandes problemas del obrar: en la esfera individual y en las relaciones sociales, en el ámbito de un pueblo como de la humanidad entera” [29]. Más aún, “si no se plantea el interrogante sobre la verdad y no se admite que cada persona tiene la posibilidad concreta de alcanzarla, la vida acaba por reducirse a un abanico de hipótesis sin referencias ciertas” [30]. Y aunque, ciertamente, la búsqueda de la verdad no sea tarea fácil, ésta “da sus frutos sobre todo cuando está sostenida por el amor a la verdad” [31].

Por lo tanto, una de las primeras tareas de la educación es formar a las gene-

raciones jóvenes para que se empeñen en esta búsqueda, contrarrestando la tendencia relativista, ayudándoles a tomar conciencia de que “al igual que la necesidad de amar, el deseo de la verdad pertenece a la naturaleza misma del hombre” [32]. En consecuencia,

“En la educación de las nuevas generaciones, ciertamente no puede evitarse la cuestión de la verdad; más aún, debe ocupar un lugar central. En efecto, al interrogarnos por la verdad ensanchamos el horizonte de nuestra racionalidad, comenzamos a liberar la razón de los límites demasiado estrechos dentro de los cuales queda confinada cuando se considera racional sólo lo que puede ser objeto de experimento y cálculo” [33].

2.2. Secularismo

El segundo aspecto que Benedicto XVI apunta como causa cultural del fracaso educativo contemporáneo es el secularismo que, en sus propias palabras, “se presenta en las culturas como una configuración del mundo y de la humanidad sin referencia a la Trascendencia, [que] invade todos los aspectos de la vida diaria y desarrolla una mentalidad en la que Dios de hecho está ausente, total o parcialmente, de la existencia y de la conciencia humanas” [34]. Se hace necesario desenmascarar la falacia que esconde este planteamiento, ya que “¿por qué [hay que] considerar que quien tiene fe debe renunciar a la búsqueda libre de la verdad, y que quien busca libremente la verdad debe renunciar a la fe?” [35].

En su análisis del secularismo el Papa precisa que

“Se pueden descubrir dos líneas de fondo de la actual cultura secularizada, claramente dependientes entre sí (...). La primera de esas líneas es el *agnosticismo*, que brota de la reducción de la inteligencia humana a simple razón calculadora y funcional, y que tiende a ahogar el sentido religioso inscrito en lo más íntimo de nuestra naturaleza. La segunda es el *proceso de relativización y de desarraigo* que destruye los vínculos más sagrados y los afectos más dignos del hombre, y como consecuencia hace frágiles a las personas, y precarias e inestables nuestras relaciones recíprocas” [36].

Y, en consecuencia, al vivir en “una cultura que pone a Dios entre paréntesis [se] desalienta cualquier opción verdaderamente comprometedor y, en particular, las opciones definitivas, para privilegiar en cambio, en los diversos ámbitos de la vida, la afirmación de sí mismos y las satisfacciones inmediatas” [37].

Para concluir el análisis que hace Benedicto XVI de los problemas ideológicos que más perjudican a la situación educativa actual señalamos unas palabras especialmente significativas:

“Aunque son muchos los problemas por afrontar, el problema fundamental del hombre de hoy sigue siendo el problema de Dios. Ningún otro problema humano y social podrá resol-

verse verdaderamente si Dios no vuelve a ocupar el centro de nuestra vida. Solamente así, a través del encuentro con el Dios vivo, manantial de la esperanza que nos cambia desde dentro y no defrauda (cf. *Rm* 5, 5), es posible recuperar una confianza fuerte y segura en la vida, y dar consistencia y vigor a nuestros proyectos de bien” [38].

Algunas sugerencias concretas para la acción

Como ya hemos mencionado, en sus análisis del ambiente cultural contemporáneo Benedicto XVI perfila con trazos firmes e inequívocos los rasgos negativos que se perciben; pero el Papa no tiene una visión pesimista de la situación, sino que afirma que puede y debe mejorar, y para ello pasa a ofrecer algunas sugerencias.

Concretamente, en la Carta a la Diócesis de Roma señala: “Para hacer más concretas mis reflexiones puede ser útil encontrar algunos requisitos comunes para una auténtica educación” [39]. Y menciona una serie de puntos que no son indicaciones de carácter técnico —pedagógico en este caso—, sino principios antropológicos que propone tener en cuenta, porque se relacionan directamente con el modo de entender en profundidad al ser humano y la tarea educativa.

Entre los aspectos que señala, destacamos:

- El clima de confianza en que debe desarrollarse la educación,
- La necesidad de atender a todas las dimensiones de la realidad humana, ampliando el ámbito de intereses de los jóvenes,
- El esfuerzo para lograr en el difícil equilibrio entre libertad y exigencia que educar lleva consigo y, por último,
- La necesidad de asumir un compromiso personal por parte del educador para empeñarse en la tarea de la propia mejora [40].

Benedicto XVI destaca, en primer término, que la educación necesita de esa *cercanía* y esa *confianza* que nacen del amor; por lo que todo auténtico educador ha de ser consciente de que para educar tiene que dar algo de sí mismo, pues sólo así podrá ayudar a sus alumnos a superar los egoísmos y disponerse, a su vez, a descubrir el auténtico amor [41].

Anima también el Papa a *aprovechar el deseo de saber* que se manifiesta en todo ser humano, y *atender estas demandas* —en ocasiones inconscientes— *de los estudiantes*, aprovechando para abrirles horizontes en todos los ámbitos a los que se orienta la persona, sin limitarse “a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta sobre la verdad, sobre todo sobre esa verdad que puede ser la guía de la vida” [42].

Resulta asimismo especialmente oportuna la advertencia del Papa en relación con el sufrimiento, que forma parte

integrante de la vida humana, al exhortar a asumir este hecho con realismo y valentía, sin caer en la tentación de evitar a los jóvenes cualquier situación desagradable. Porque al tratar de protegerlos de toda dificultad y situación de dolor, se corre el riesgo de criar, a pesar de estar movidos por buenas intenciones, personas frágiles y poco generosas, que ignoran que la capacidad de amar se corresponde con la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos [43]. Sin duda, un mal entendido afán de proteger a los jóvenes puede impedir en ocasiones el desarrollo normal de personalidades maduras, que se ven reducidas a un estado de infantilismo crónico durante toda su vida. Con el agravante de que

“Así, los niños, los adolescentes y los jóvenes, aun rodeados de muchas atenciones y protegidos quizá excesivamente contra las pruebas y las dificultades de la vida, al final se sienten abandonados ante los grandes interrogantes que surgen inevitablemente en su interior, al igual que ante las expectativas y los desafíos que se perfilan en su futuro” [44].

Pero quizá el punto más delicado en la obra educativa es “encontrar el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina. Sin reglas de comportamiento y de vida, aplicadas día tras día en pequeñas cosas, no se forma el carácter y no se prepara para afrontar las pruebas que no faltarán en el futuro” [45].

La educación sólo se desarrolla en un clima de libertad; porque la relación educativa misma

“Es ante todo el encuentro entre dos libertades y la educación lograda es una formación al uso correcto de la libertad. A medida en que va creciendo el niño, se convierte en un adolescente y después un joven; tenemos que aceptar (...) el riesgo de la libertad, permaneciendo siempre atentos a ayudar a los jóvenes a corregir ideas o decisiones equivocadas. Lo que nunca tenemos que hacer es apoyarles en los errores, fingir que no los vemos, o peor aún compartirlos, como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano” [46].

Sólo así y precisamente de ese modo —en un clima de exigencia y libertad— es posible educar, y se comprueba que cuando los adolescentes y los jóvenes “se sienten respetados y tomados en serio en su libertad, a pesar de su inconstancia y fragilidad, se muestran dispuestos a dejarse interpelar por propuestas exigentes; más aún, se sienten atraídos y a menudo fascinados por ellas. También quieren mostrar su generosidad en la entrega a los grandes valores perennes, que constituyen el fundamento de la vida” [47].

Por último, entre las cuestiones que Benedicto XVI invita a tener en cuenta para mejorar el clima educativo en estos momentos de crisis, menciona el necesario prestigio que debe tener todo profesor para gozar de autoridad a la hora de educar. Este prestigio “es fruto de experiencia y competencia, pero se logra sobre todo con la coherencia de la propia vida y con la involucración personal, expresión del amor auténtico”; el educador debe ser ante todo “un testigo de la

verdad y del bien: ciertamente él también es frágil, y puede tener fallos, pero tratará de ponerse siempre nuevamente en sintonía con su misión” [48].

Motivos para la esperanza

Como ya se ha mencionado, aunque el análisis de la situación educativa que realiza el Papa no sea positivo, no dibuja un cuadro tremendista sino que, al contrario, trata de hacer conscientes a todas las personas implicadas en esta tarea que hay motivos más que sobrados para alimentar la esperanza.

Antes de cualquier tipo de razonamiento, tras haber descrito las dificultades con las que se encuentra esta tarea en la actualidad, Benedicto XVI proclama: “Ante esta situación quisiera decirles algo muy sencillo: ¡No tengáis miedo! Todas estas dificultades, de hecho, no son insuperables. Son más bien, por así decir, la otra cara de la moneda de ese don grande y precioso que es nuestra libertad, con la responsabilidad que justamente implica” [49].

Y cuando quiere justificar por qué hay motivos para la esperanza, emplea dos tipos de argumentaciones: unas que se basan en razonamientos lógicos, naturales, y otras fundamentadas en motivos sobrenaturales.

Por lo que respecta al primer género, el Papa llama la atención sobre una serie de señales presentes en nuestro tiempo que son otros tantos motivos que invitan a pensar en que el futuro de la educación

va a mejorar. Entre éstos está la existencia de una clara demanda de una educación humana íntegra y verdadera por parte de muchas voces. Porque

“Esta situación evidentemente no satisface, no puede satisfacer, porque deja de lado la finalidad esencial de la educación (...). Por eso, en muchas partes se plantea la exigencia de una educación auténtica y el redescubrimiento de la necesidad de educadores que lo sean realmente. Lo reclaman los padres, preocupados y a menudo angustiados por el futuro de sus hijos; lo reclaman tantos profesores que viven la triste experiencia de la degradación de sus escuelas; lo reclama la sociedad en su conjunto (...) porque ve cómo a causa de la crisis de la educación se ponen en peligro las bases mismas de la convivencia” [50].

Ante este deseo generalizado, ante este clamor, debe crecer la esperanza de estos mismos agentes educativos, junto con el convencimiento de que su tarea, aunque difícil, es posible, es necesaria, y se va a llevar a cabo.

Y junto a estos motivos humanos para la esperanza, Benedicto XVI propone a los cristianos la consideración de esta consoladora verdad: “quien cree en Jesucristo tiene, además, un ulterior y más intenso motivo para no tener miedo: sabe que Dios no nos abandona, que su amor nos alcanza allí donde estamos y como estamos, con nuestras miserias y debilidades, para ofrecernos una nueva posibilidad de bien” [51].

Dirección para la correspondencia: María García Amilburu, Facultad de Educación, UNED, Pº Senda del Rey, 7, 28040 Madrid. E-mail: mgamilburu@edu.uned.es

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 24.VII.2009

Notas

- [1] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a los profesores y alumnos de la Universidad de los Estudios de Parma* (1 de diciembre). Todos los textos de Benedicto XVI citados están disponibles en la siguiente dirección electrónica www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi.html (Consultado el 7.V.2009).
- [2] En este sentido, no me propongo estudiar aquí —por ejemplo— sus aportaciones relativas a la misión específica de la Universidad o las características propias de la educación en la fe, que son de gran interés y estoy analizando en otros trabajos.
- [3] Cfr. LÓPEZ RUPÉREZ, F. (2001) *Preparar el futuro. La educación ante los desafíos de la globalización* (Madrid, La Muralla) p. 67.
- [4] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a la Congregación para la Educación Católica* (21 de enero).
- [5] BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma* (11 de junio).
- [6] Cfr. BENEDICTO XVI (2008) *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero).
- [7] *Ibidem*.
- [8] BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a los nuevos Embajadores ante la Santa Sede de Tailandia, Seychelles, Namibia, Gambia, Surinam, Singapur y Kuwait al recibir sus cartas credenciales* (13 de diciembre).
- [9] Cfr. BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma* (11 de junio); *Id.* (2008) *Discurso a la Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana* (29 de mayo), etc.
- [10] En relación con la fecha de publicación de esta Carta, deseo mencionar un dato que puede ser significativo, precisamente por el clima que se respiraba en el ambiente académico universitario en esos días. Como es sabido, Benedicto XVI había sido invitado por el Rector de la Universidad La Sapienza a pronunciar una

Lección Magistral. La visita estaba prevista para el día 17 de enero de 2008, pero ésta nunca se llevó a efecto pues, ante la violenta oposición de un reducido número de estudiantes y profesores que se manifestaron de una forma —¿cómo podría calificarse?— *poco razonable* en contra de su visita, el Papa decidió no acudir, aunque sí hizo público el texto que había preparado para esa ocasión. Con este comentario no pretendo extraer ninguna conclusión al respecto, sino simplemente exponer cómo pude percibir en este episodio otra señal del “fracaso” educativo actual y un motivo más de preocupación por la situación presente de la educación.

- [11] BENEDICTO XVI (2008) *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero). El subrayado es mío.
- [12] *Ibidem*. El subrayado es mío.
- [13] *Ibidem*.
- [14] RODRÍGUEZ LUÑO, A. (2008) Comunicar las propias convicciones, *Nuestro Tiempo*, 652, pp. 103-109, 103.
- [15] BENEDICTO XVI (2008) *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero).
- [16] *Ibidem*.
- [17] JUAN PABLO II (1986) *Discurso* (21 de mayo).
- [18] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a los profesores y alumnos de la Universidad de los Estudios de Parma* (1 de diciembre).
- [19] Cfr. BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a los nuevos Embajadores ante la Santa Sede de Tailandia, Seychelles, Namibia, Gambia, Surinam, Singapur y Kuwait, al recibir sus cartas credenciales* (13 de diciembre).
- [20] En relación con los análisis de la cultura contemporánea y su evolución en las últimas décadas, tienen particular interés las obras del entonces Cardenal Joseph Ratzinger (1985) *Informe sobre la fe* (Madrid, BAC) y (1997) *La sal de la tierra* (Madrid, Palabra).
- [21] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo de la Cultura* (8 de marzo). El subrayado es mío.

- [22] *Ibidem*. El subrayado es mío.
- [23] BENEDICTO XVI (2005) *Mensaje a los Miembros de las Academias Pontificias* (5 de noviembre).
- [24] BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma* (11 de junio).
- [25] Cfr. RAZTINGER, J. (2005) *Homilía en la Misa “Pro eligendo Pontifice”* (18 de abril).
- [26] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a la Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana* (29 de mayo). El subrayado es mío.
- [27] BENEDICTO XVI (2008) *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero).
- [28] BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma* (11 de junio).
- [29] BENEDICTO XVI (2006) *Discurso al Cuerpo Diplomático* (9 de enero).
- [30] BENEDICTO XVI (2006) *Discurso en la Pontificia Universidad Lateranense* (21 de octubre). A este respecto, cabe también señalar que en el Discurso preparado para su visita a la Universidad de La Sapienza, Benedicto XVI escribió que, de acuerdo con la naturaleza intrínseca de su ministerio pastoral, a él le corresponde la tarea “de mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios”. (2008) *Discurso preparado para el Encuentro con la Universidad de Roma La Sapienza* (17 de enero).
- [31] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a los participantes en el Congreso “Confianza en la razón” con motivo del X Aniversario de la Encíclica “Fides et Ratio”* (16 de octubre).
- [32] BENEDICTO XVI (2006) *Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma* (5 de junio).
- [33] *Ibidem*.
- [34] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo de la Cultura* (8 de marzo).
- [35] BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a los miembros de la Federación Universitaria Católica Italiana* (9 de noviembre).
- [36] BENEDICTO XVI (2006) *Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma* (5 de junio). El subrayado es mío.
- [37] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a la Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana* (29 de mayo).
- [38] *Ibidem*.
- [39] BENEDICTO XVI (2008) *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero).
- [40] Cfr. *Ibidem*.
- [41] Cfr. *Ibidem*.
- [42] *Ibidem*. El subrayado es mío.
- [43] Cfr. *Ibidem*.
- [44] BENEDICTO XVI (2008) *Discurso a la Asamblea General de la Conferencia Episcopal Italiana* (29 de mayo).
- [45] BENEDICTO XVI (2008) *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero).
- [46] *Ibidem*.
- [47] BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma* (11 de junio).
- [48] BENEDICTO XVI (2008) *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero).
- [49] *Ibidem*.
- [50] BENEDICTO XVI (2007) *Discurso a la Asamblea Diocesana de Roma* (11 de junio).
- [51] BENEDICTO XVI (2008) *Carta a la Diócesis y a la ciudad de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 de enero).

Resumen:

La situación actual de “emergencia educativa”. Una visión desde la experiencia de Benedicto XVI

Antes de ser elegido Papa, el entonces cardenal Joseph Ratzinger se había dedicado durante muchos años a la docencia universitaria, y todavía sigue manifestando una gran pasión por esta tarea. En este artículo se analizan algunas de Discursos y Cartas que tratan sobre la educación pertenecientes a los primeros cuatro primeros años del Pontificado, en las que el antiguo profesor aborda cuestiones directamente relacionadas con la educación: su fin específico, las dificultades que debe afrontar actualmente esta tarea así como sus principales causas. Los textos considerados constituyen aportaciones muy ilustrativas para comprender aspectos de la crisis en que se encuentra actualmente la educación, que el mismo Benedicto XVI describe como un momento de “emergencia educativa”.

Descriptores: Benedicto XVI, educación, “emergencia educativa”, relativismo, secularización.

Summary:
The present situation of “educational emergency”. A vision from Pope Benedict XVI's experience

Before he was elected to become the Pope, Cardinal Joseph Ratzinger had been working as a University professor for many years, and even today he looks onto this task in a passionate way. In this article, we examine some of the Discourses and Letters focused on educa-

tion that Pope Benedict XVI has addressed during the first four years of Papacy, in which the once professor, deals with matters in tight relation with education, its specific end, the difficulties that education has to face nowadays, and its main causes. These texts can be considered as valuable contributions in order to understand some aspects of the present educational crisis, that Benedict XVI describes as a moment of “educational emergency”.

Key Words: Pope Benedict XVI, education, “educational emergency”, relativism, secularism.